

## **La Primera Transformación: México y los sueños de independencia y libertad que encendieron América Latina**

**Alexandra Huerta Rojo**

Por las calles del mundo corren mitos, leyendas y cuentos que son testigos de los grandes acontecimientos vividos en la historia del mundo; y la historia de México, aunque ha tenido encuentros y desencuentros, no es la excepción.

La Independencia da sus primeros pasos en 1808, cuando en la “Nueva España” (hoy México), llegan noticias de la crisis por la que se atravesaba en el continente americano, desatando la esperanza de una posible soberanía. México fue pionero en iniciar su proceso emancipador, en este año ya hervían conspiraciones y proyectos de autonomía, antes incluso de que muchas otras naciones latinoamericanas comenzaran sus levantamientos. Mientras en Buenos Aires la Revolución de Mayo estallaría en 1810, en Venezuela la Declaración de Independencia llegaría en 1811 y en Chile hasta 1818. Los primeros pasos de los insurgentes mexicanos colocaron a la Nueva España en la vanguardia de la emancipación de la región y esto convirtió al territorio no solo en referente, sino en inspiración para los demás pueblos hermanos.

En aquel entonces, el panorama ideológico estaba marcado por dos grandes corrientes: liberales (enemigos del absolutismo) y conservadores (en su mayoría peninsulares). Los primeros, apuntaban hacia la libertad de expresión, la independencia, la soberanía de los pueblos, la igualdad y la abolición del tributo. La paradoja es que hoy, dos siglos después, lo que entonces era liberal (progresista) se acerca más a lo que hoy llamamos izquierda, mientras que algunos sectores conservadores se apropian del término “libertario”, aunque su sentido actual difiere mucho del liberalismo emancipador de la época independentista.

La lucha no fue solo un debate de ideas, sino un llamado humanista, pues se trataba de reconocer que ningún pueblo debía vivir bajo la sombra y el condicionamiento de otro. El espíritu de justicia social y de emancipación

colectiva alimentaba cada reunión, cada trinchera y cada levantamiento que tenía lugar en el país. Ese mismo llamado vibraba en todo el continente. México formaba parte de este gran tejido de luchas interconectadas que compartían un horizonte común, el derecho a decidir sobre su destino y a construir sociedades más justas. La independencia mexicana no se puede entender sin ese eco latinoamericano que la arropó y que, a su vez, fue inspirado por ella.

De igual forma, en el país abundaba el desarrollo de la agricultura, la ganadería, minería, de la industria y del comercio. Fue tanto así que en el siglo XVIII la población aumentó de 3 a 6 millones de habitantes.

Al igual de que en otras naciones de Latinoamérica, al tiempo que nacía México, nacía la deuda. La crisis de España causada por las guerras exprimía a la región, saqueaban y explotaban sus recursos naturales; ya desde antes de que diera inicio el proceso independentista, en 1780 el déficit de la Hacienda de la Nueva España pasó de 3 millones a 31 millones en 1810. Fue una deuda que el Estado mexicano no ha visto desaparecer desde aquél entonces, sino por el contrario, los gobiernos de derecha a lo largo de su historia se habían esforzado en incrementar.

La deuda fue, desde el inicio, una cadena invisible que ató al naciente Estado a otras formas de dependencia. De allí nace la reflexión de que la independencia política debe acompañarse siempre de soberanía económica, o de lo contrario, la libertad no es más que una máscara. Se trataba de ser libres con dignidad o permanecer sometidos a un poder ajeno; por ello, los primeros insurgentes hablaban no solo de política, sino también de justicia social y de la nueva reorganización del mundo. La independencia se entendía como un derecho universal, no como privilegio de élites.

Los sueños de la primera transformación en México se pueden atribuir a múltiples cuestiones: mala comunicación con Europa, límites impuestos por los peninsulares, exclusión, discriminación, desigualdad...etc., sin embargo, el más importante de todos fue sin duda alguna, que soplaban vientos de amor, arraigo

y nacionalismo hacia el territorio, lo que causó descontento y pérdida de respeto por la Corona.

Las y los habitantes de la Nueva España estaban integrados en su mayoría por un pueblo noble y valiente que había sobrevivido a las atrocidades y masacres de la conquista, las y los indígenas representaban el 60% de la población, los peninsulares el 17.5%, la población afrodescendiente el 5% y el resto, a la población mestiza.

Ese mosaico social nos recuerda que la independencia no fue obra exclusiva de los caudillos, sino el levantamiento de pueblos enteros que, con todas sus diferencias, compartían el mismo anhelo de libertad y dignidad. El humanismo insurgente residió en reconocer que cada vida contaba y que cada voz tenía derecho a ser escuchada.

En ello también radicaba un eco global; mientras México despertaba, en distintas latitudes surgían movimientos que hablaban de libertad. La independencia de Estados Unidos (1776), la Revolución Francesa (1789) y la Revolución Haitiana (1804) eran antecedentes directos que alimentaban el imaginario de que un nuevo orden en el mundo era posible. Estas revoluciones no solo hablaban de soberanía, sino de derechos humanos, igualdad y fraternidad universal. México, y América Latina en general, reinterpretaron estas luchas de acuerdo a sus contextos sociales, políticos y económicos, entrelazándolos con realidades adversas de resistencia.

En 1812 un rayo de luz encendió aquel sueño colectivo. Con la creación de la Constitución de Cádiz, el imperio se convirtió en una monarquía constitucional que abolía el absolutismo. Félix Calleja fue un difusor de las ideas liberales que consideró que como la Constitución concedía muchas de las proposiciones de los insurgentes como el gobierno democrático, voto, libertades y abolición del tributo, era en sí misma un instrumento de contrarrevolución.

Fue así como mujeres y hombres humanistas, comenzaron a reunirse en conspiraciones de libertad llamadas “tertulias literarias”, que fueron

expandiéndose por todo el territorio mexicano. Entre las y los principales integrantes de estas reuniones se encontraban José María Obeso, Mariano Michelena, Ignacio Allende, Miguel Domínguez, Josefa Ortíz Téllez Girón, Juan Aldama, José María Sánchez y el cura Miguel Hidalgo. Este último, marcaría un antes y un después en la historia de México, cuando un 15 de septiembre de 1810 invitó a las y los feligreses del pueblo de Dolores a emprender una lucha contra el mal gobierno y la opresión. La llama que encendería el inicio de la lucha fue esparcida en su mayoría por campesinos, artesanos y mayordomos, quienes, con armas y palos, se levantaron para dar inicio a la Transformación.

Ese llamado a la independencia fue recordado como el primer grito, pero fue mucho más que eso: fue un eco a la dignidad. Con él, el pueblo se reconoció como protagonista de su propio destino. En el fondo, la independencia mexicana fue una revolución de conciencias que proclamaba el despertar de un pueblo sabio y soberano.

Aquí, es importante mencionar que el ideario insurgente no nació de la nada, sino que, por el contrario, recogió siglos de resistencia de las voces silenciadas por la colonia y el dolor de las comunidades saqueadas. Así, la independencia fue también un puente entre la memoria prehispánica y el futuro de una nación libre.

La primera bandera del ejército mexicano llevaba al frente la imagen de la Virgen de Guadalupe en una pica. De San Miguel a Celaya, Acapulco, Guadalajara, Guanajuato, Tepic, y desde diversas trincheras, el espíritu independentista emprendió un camino revolucionario que estallaría en la Alhóndiga de Granaditas.

El despertador americano fue un periódico que se centró en los temas políticos y económicos de la época y que esparcía la causa desde Guadalajara. Con esta herramienta cultural, la participación del pueblo tomó fuerza como protagonista del cambio verdadero, así fue tejiéndose la primera revolución de las conciencias, cuyo saldo fue muy alto, pero los resultados hicieron justicia a los oprimidos; se decretó la abolición de la esclavitud, del tributo, y se declaró que

las tierras de comunidades eran de uso exclusivo de a los que pertenecía legítimamente la tierra: los indígenas.

Aquí radica la esencia humanista de la historia de México: no se trataba solo de expulsar a la Corona, sino de abolir sistemas de opresión y devolver derechos básicos a quienes siempre habían sido marginados. La libertad se entendía entonces no como un discurso abstracto, sino como el derecho a la tierra, a la justicia y a una vida digna para todas y todos.

Este principio humanista conecta directamente con luchas contemporáneas como el acceso a la tierra, a la vivienda, a la equidad, a la libertad y a la justicia, que siguen siendo banderas pendientes en muchos rincones del mundo. La independencia fue un inicio, pero el horizonte aún se construye día con día.

Un hecho desolador que marcaría la independencia sucedería a tan solo 6 meses después del inicio de la lucha armada, cuando entre ejércitos dispares entre liberales e insurgentes, sumado a los vientos fuertes y a la dispersión entre distancias, fueron fusilados Miguel Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez.

Con este acontecimiento soplaron vientos de desesperanza; empero, esta nunca murió ni con la muerte de nuestras y nuestros héroes que nos dieron patria y, tras varios intentos de reorganización, surgieron figuras como José María Morelos y Pavón, que le dio continuidad a la lucha armada apoderándose del sur de México y sosteniendo que la misma Constitución de Cádiz afirmaba que la soberanía residía en la nación. Fue así como México dio sus primeros pasos en democracia, pues fue el mismo Morelos quien lanzaría una convocatoria para que los pueblos eligieran a sus diputados, y un 14 de septiembre de 1813, en el llamado Congreso de Anáhuac, Morelos proclamó los Sentimientos de la Nación, dando nuevamente voz al pueblo que seguía reclamando su libertad.

Los Sentimientos de la Nación, hicieron eco con el proyecto de Simón Bolívar en el norte de Sudamérica y con la lucha de O'Higgins y San Martín en el sur. Se trataba de un despertar colectivo que vibraba al mismo tiempo en el continente, donde cada victoria insurgente en una región alentaba a las demás.

Derivado de este acto, surgieron acuerdos y desacuerdos múltiples, y un 22 de octubre de 1814 se promulgó en Apatzingán el “Decreto Constitucional para la Libertad de la América Mexicana”, cuyas entrañas habían sido influenciadas por la Constitución de Cádiz y Rousseau. Tan solo un año después, Morelos cayó prisionero y fue trasladado a la Cárcel de la Inquisición, para ser fusilado después uno de los hombres más extraordinarios que había producido el proceso independentista.

Para estas alturas, en América Latina sucedían procesos extraordinarios. Simultáneamente, en el resto del continente latinoamericano se libraban luchas emancipadoras con objetivos humanistas muy similares. Por ejemplo, en el Virreinato del Río de la Plata (actual Argentina) la Revolución de Mayo en 1810 marcó el inicio de su independencia, proclamada formalmente un 9 de julio de 1816 en el Congreso de Tucumán y en la que se rompieron los vínculos de dependencia política de las Provincias Unidas con la monarquía española; en Chile, los libertadores guiados por Bernardo O’Higgins y José de San Martín avanzaban hacia la liberación de su patria, un logro alcanzado en 1818.

Al mismo tiempo, Simón Bolívar encabezaba campañas libertadoras desde 1810 en Venezuela, Colombia y el Alto Perú (hoy Bolivia y parte de Perú), sentando las bases para la futura Gran Colombia. Brasil, aunque dependiente de Portugal, declaró su independencia en 1822 cuando el príncipe Pedro proclamó el fin del dominio colonial y asumió el trono, fundando un imperio constitucional. Incluso fuera de la región hispana, la Revolución Haitiana (1804) había dado ya un gran ejemplo de emancipación al abolir la esclavitud y liberarse del colonialismo. Todas estas luchas compartidas mostraban un espíritu internacionalista, se trataba de que la aspiración a la libertad y a la justicia social se convirtieran en un llamado común en todo el continente americano. Ese espejo continental reafirma que la independencia de México no fue un hecho aislado, sino parte de un movimiento mayor; es decir, un grito colectivo.

En el territorio mexicano ya se mostraban las huellas de los 6 años por la lucha de la libertad. No se puede hablar de la independencia sin hablar de la fe

revolucionaria de un joven progresista de tan solo 19 años proveniente de la periferia española, llamado Xavier Mina, quien pasó de ser estudiante a ser general insurgente. Servando Teresa de Mier, uno de los liberales de las Cortes, había conocido a Mina en Londres, quien en ese entonces era capitán español y había luchado contra la invasión francesa. Si bien la mayoría de los españoles no estaban en favor de la autonomía, Mina fue exiliado por su lucha contra el absolutismo.

Convencido de encabezar una expedición hacia Nueva España, desembarcó en Tamaulipas el 15 de abril de 1817 con cerca de 300 hombres. Su trayecto por la lucha fue relativamente corto, pero tuvo victorias impresionantes que, de no haberse ganado, hubiera sido diferente el rumbo de la historia de México. Él afirmaba que “uno no es de donde ha nacido, sino de donde se le reconocen los derechos”. Fue fusilado un 11 de noviembre de 1817.

La independencia en la región se consideraba un hecho natural que exigía el progresismo de la época que se esparcía por todo el mundo; incluso, la alta jerarquía simpatizaba con la autonomía de los pueblos con tal de mantener sus privilegios que las Cortes “amenazaban” con arrebatárselos. Aunado a ello, el costo era cada vez más alto, la sangre derramada y las huellas revolucionarias se notaban en todas partes, y cada vez más, soplaban los vientos del norte y del establecimiento de una República soberana. Fue entonces cuando un acto humanista y sin precedentes ocurrió el 30 de mayo de 1820, cuando se proclamó el juramento de la Constitución y se liberó a los insurgentes encarcelados. Así, se restableció la libertad de prensa que fue utilizada inmediatamente por el pueblo esperanzado para seguir haciendo eco en las conciencias.

No es casualidad que la derecha hoy en día, busque el apoyo de fuerzas extranjeras para intervenir en los territorios. Ya desde el proceso independentista, el alto clero y los burócratas peninsulares invitaron a Agustín de Iturbide a sumarse a sus planes para impedir que en la -todavía- Nueva España se jurara la Constitución.

Iturbide deseaba la autonomía, había tenido victorias importantes sobre los insurgentes hasta obtener el grado de coronel. Sostenía firmemente que obtener la independencia sería fácil si se unían americanos realistas e insurgentes como solución. Los americanos realistas fueron habitantes nacidos en territorio americano que habían decidido mantenerse fieles a la Corona española y luchar contra el movimiento insurgente. Es importante no confundirlos con los peninsulares ya que, su postura política y social era distinta.

Vicente Guerrero, quien era jefe realista, curiosamente había nacido en 1783 como Iturbide. En su trayectoria había caminado junto a Morelos y tenía la voluntad de conquistar la independencia. Se había aislado de 1816 a 1820 y, durante ese tiempo había llegado a la conclusión de que la independencia solo se alcanzaría mediante una alianza.

Fue así como en 1821, Iturbide invitó a Guerrero a pactar, y de esa reunión nació el imponente Ejército Trigarante comandado por Iturbide, quien llevaría como estandarte una bandera con los colores blanco, verde y rojo, que simbolizaban religión, unidad e independencia.

Este hecho dio como resultado el Plan de Iguala, que fue proclamado un 24 de febrero de 1821 y recogía los anhelos de representación de 1808, los de igualdad e independencia de los insurgentes, los sueños de libertad de Mina, y la promesa de unión para los españoles residentes en la Nueva España.

Por otro lado, al tiempo que los Congresistas elegidos en Cortes se dirigían a España para defender el proyecto de autonomía del imperio, se nombró a Juan O'Donjú como "Jefe Político de la Nueva España". Juan era un liberal simpatizante de la causa de las Américas, su arribo fue decisivo para la consumación de la independencia y una vez que constató el apoyo general a la iniciativa, firmó con Iturbide los llamados Tratados de Córdoba, que reconocían la independencia del imperio mexicano.

El 27 de septiembre de 1821, O'Donojú entregó la Ciudad de México al Ejército Trigarante, consumándose así, la Primera Transformación en la historia de México.

A partir de la consumación de la Independencia, se sucedieron nuevas transformaciones profundas en el México independiente. Tras la efímera etapa del Imperio de Iturbide, se estableció la República Federal en 1824, pero el camino hacia la plenitud de los ideales liberales fue largo y lleno de obstáculos, posterior a la consumación sucedieron guerras internas, intervenciones extranjeras y desigualdades persistentes que mantuvieron viva la llama de la emancipación. Sin embargo, el legado humanista que encendieron las y los héroes independentistas se fue manteniendo vigente en cada lucha social.

La Primera Transformación no es solo una conmemoración, es una brújula que nos recuerda hacia dónde debemos caminar. Nos exige mantener viva la llama del humanismo, combatir las nuevas formas de dominación, y sostener que la dignidad no es negociable. De eso se trata la verdadera soberanía de los pueblos y hoy, al mirar atrás, entendemos que México, junto a toda la región latinoamericana, encendió los sueños de independencia y libertad que dieron esperanza al futuro, Aquella lucha compartida nos legó un espíritu de unidad y resistencia que sigue vigente en las causas más nobles del continente.

Hoy, más de doscientos años después, ese legado encuentra un nuevo sentido en la figura de la Presidenta Claudia Sheinbaum, la primera mujer en ocupar la Presidencia de México con una perspectiva abiertamente humanista y progresista. Su gobierno, enfocado en la justicia social, la soberanía, el desarrollo, la igualdad y el bienestar, recoge los ideales de libertad que los insurgentes propugnaron.

El espíritu liberal de 1810 resuena así en los esfuerzos contemporáneos por consolidar la Cuarta Transformación. Gracias a ese gran sacrificio histórico, México ha podido avanzar paso a paso en la construcción de un proyecto nacional más justo; y hoy, celebramos que la bandera del pueblo libre sigue

ondeando, honrando siempre la memoria de nuestras y nuestros ancestros, de nuestras culturas milenarias y de quienes nos dieron memoria, legado y patria.

*Alexandra Huerta Rojo es humanista, progresista e internacionalista, egresada de la Licenciatura en Administración por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Ha complementado su formación con estudios en la Universidad de Buenos Aires y múltiples certificaciones en política, relaciones internacionales y economía global. Su compromiso con el servicio público y el desarrollo sostenible la ha llevado a desempeñar roles clave en la política mexicana.*

*Es militante del Movimiento de Regeneración Nacional (MORENA) desde el 2018 y forma parte de diversas organizaciones como la Friedrich Ebert Stiftung, Aúna México y la Asociación de Científicos Polares (APECS México).*

*Actualmente, se desempeña como Concejala en la Alcaldía Tláhuac, Ciudad de México (2024-2027).*